



## EVOCACIONES DE UNA CIUDAD RENACENTISTA

*Baltasar Cuart Moner*

Universidad de Salamanca

La ciudad como paradigma de civilización y como teatro primordial de la *humanitas* tiene una larga tradición en la cultura occidental, desde que en el helenismo clásico Platón y Aristóteles propusieron unas bases teóricas sobre las que no dejaría de prosperar la edificación de este edificio simbólico urbano.

Ni siquiera la transformación de la cultura clásica a partir de los nuevos modelos introducidos por el Cristianismo alteraron demasiado este paradigma, desde el momento en que, aunque fuera de forma cada vez más alegórica, la imagen urbana siguió siendo utilizada durante la Edad Media como plasmación del reino celeste en la tierra. San Agustín, en este sentido, contribuyó decisivamente a la perpetuación de la imagen de la ciudad como marco ideal de civilización.

El resurgir de las universidades en el s. XII y su posterior consolidación en el XIII, no fueron sino muestras inequívocas de un resurgir de las ciudades en Europa que conduciría a la definitiva ubicación en el marco urbano de los poderes e instituciones culturales de una forma irreversible. El Renacimiento italiano, o la proliferación de uno de sus principales instrumentos, la imprenta, iban a ser, sin lugar a dudas, un fenómeno urbano en gran medida.

Durante el primer Renacimiento italiano, este paradigma civilizador de la ciudad cobró nuevos bríos. En parte, lógicamente, porque la cultura renacentista es, en buena medida, una cultura urbana, como se ha dicho. También por la revitalización de los antiguos modelos culturales clásicos pero, fundamentalmente, por las indudables virtualidades políticas que ofrecían estos nuevos encomios de la *polis*.

Efectivamente, los intereses republicanos de algunos humanistas tempranos, como Coluccio Salutati y Leonardo Bruni, y de sus gobiernos, mecenas y protectores, que, ante la decadencia de las antiguas formas republicanas, no dejaban de sentir la amenaza interna de la señorialización, y la externa de ser engullidos por entidades políticas más fuertes y de superior tamaño, aprovechando los innumerables conflictos internos, no dejaron de reflejarse en escritos que subrayaban las teóricas ventajas de la ciudad y de las virtudes y excelencias de la antigua forma de gobierno republicana de la misma, en la que rápidamente vieron como la sucesora de la *polis* clásica<sup>1</sup>. Ni siquiera el posterior proceso de formación de *signorie* aristocráticas en territorio italiano apartó este antiguo ideal urbano, transferido ahora a las nuevas formaciones políticas que reclamaban su papel frente a potencias superiores, fuesen éstas el Pontificado, el Imperio o la presencia de potencias externas que, desde finales del s. XV empezaron a intervenir en Italia, modificando su mapa político.

Sin embargo, no hay que pensar que esta idealización de la ciudad fue un fenómeno únicamente italiano. En España, por ejemplo, hubo autores que ya desde principios del s. XV se sumaron a estas *laudes* urbanas y la metonimia ciudad/reino es fácil de encontrar en muchos de los escritores políticos de este siglo. Bien es cierto que, con frecuencia, se trataba de autores con un contacto muy directo con Italia.

Efectivamente, hacia mitades de este siglo, don Rodrigo Sánchez de Arévalo, clérigo que hizo buena parte de su carrera eclesiástica en la corte papal de Roma, donde llegó a ser castellano de Sant' Angelo, y que frecuentó a humanistas y políticos, autor en latín él mismo, escribió en su lengua materna un tratado político de singular importancia llamado *Suma de la política*<sup>2</sup>.

En esta obra, en la que don Rodrigo expone los principios por los que debe ser regido un reino bien ordenado, vuelve a aparecer la imagen de la ciudad como forma política equivalente a la de una *res publica*, como un microcosmos del conjunto político, *res publica* o reino, y las excelencias del gobierno ciudadano y de las virtudes que acompañan al *zoon politikon*, tomadas directamente de su maestro Aristóteles, se elevan a categoría de norma general del buen regimiento.

Apoyándose en el Filósofo y acompañándose de muchos otros autores de la Edad Media, desde moralistas hasta filósofos y juristas, inicia su tratado con un

encendido elogio de la ciudad como forma política perfecta y casi única, lo que le lleva a equiparar directamente a los fundadores de las mismas con las propias divinidades olímpicas:

“Tan loable y famoso fue siempre este deseo y acto de edificar ciudad y bien regir [...] que aquellos antiguos y nobles varones que en las primeras edades fundaron ciudades e villas y rectamente las gobernaron, no solamente en honores y gloria precedieron, mas aún en aquellas provincias fueron por dioses consagrados y reputados [...] los quales, sólo por fabricar y fundar ciudades y virtuosamente regirlas, fueron, aunque falsamente, por dioses reputados”.<sup>3</sup>

A continuación, citando a Aristóteles, resume en siete puntos las razones de la excelencia urbana:

“Primeramente, por causa de vivir. Lo II, por vivir alegre e deleitablemente. Lo III, por vivir suficientemente. Lo cuarto, por causa de las comunicaciones, que son troques, compras y ventas, o contractos necesarios a la vida umana. Lo V para vivir en paz y seguridad y no recibir offensas. Lo VI por causa de fazer ayuntamiento de matrimonios. Lo VII por causa de vivir bien y virtuosamente”.

Por lo tanto, este escenario, único en el que el hombre podía vivir alegre, deleitablemente, bien provisto, en paz, seguridad y virtuosamente, al decir de don Rodrigo, debía reunir una serie de condiciones físicas favorables que, de darse, perpetuarían su existencia y no harían más que aumentar la virtud de sus habitantes. Eran las siguientes: debía ser fundada “en sitio o lugar temprado”; bien situada respecto a la “propinquidad del mar o montes o aguas”; bien dispuesta según “la virtud o figura del cielo”, ya que ello repercutiría en la psicología de sus habitantes que podrían, de este modo, ejercitarse “en continuo uso y estudio de cosas intelectuales y de virtud”; el lugar debería de ser “sano para los omes y abundante de muchas y sanas aguas”; se debía de atender a “los mantenimientos necesarios de la ciudad, assí como possessions, labranças y paztos y montes”.

Solamente de este modo podría esperarse razonablemente que la ciudad desplegara sus virtualidades como escenario perfecto para el hombre: cuna de sus virtudes cívicas y modelo de Estado bien regido.

No mucho después, el diplomático, cronista, filólogo y humanista Alonso de Palencia (h. 1423-h. 1492), quien había sido introducido en los ámbitos cortesanos por don Alonso de Cartagena y, junto al mismo, había viajado a Italia y tomado contacto con el humanismo, redactaba su *Tratado de la perfección del triunfo militar*.<sup>4</sup>

En esta interesantísima obra, que merecería una edición moderna, una serie de personajes alegóricos (la Discreción, el Ejercicio, el Triunfo, etc.) dialogan

entre sí y uno de ellos, el Ejercicio, que va buscando la razón por la cual al Triunfo militar *non placet Hispania*, recorre varios lugares de Europa, esta vez descritos de una manera nada simbólica, sino realista, aun dentro del tono alegórico del libro.

La admiración de Alonso de Palencia, como buen humanista, hacia la vida urbana es absoluta. Es conocida su descripción y alabanzas de la ciudad de Barcelona y de la *vida activa* de sus ciudadanos, pero todavía llama más la atención, en este sentido, los loores dedicados a la muy urbanizada Toscana, morada de la Discreción, y cómo se recrea en hablar de Florencia o de Roma, con detalles de su fisonomía urbana absolutamente reconocibles.

El palacio toscano en el que tiene su residencia la Discreción, por ejemplo, puede visualizarse perfectamente a través de los párrafos de Alonso de Palencia y evocan al lector no sólo cualquiera de las arquitecturas idealizadas que pueblan los fondos de los cuadros de los pintores del primer Renacimiento, sino muchos de los palacios que todavía pueden verse actualmente:

“Un edificio fabricado del todo por arte dedálica. Su muro a lo baxo, desde el primer cimiento, era de piedras quadradas, e de allí arriba era de ladrillo cocho [...] el suelo es muy igual, compuesto de un betún apremido [...] ya que entrases a la casa, de medio fallarás espacio do se manifiesta el cielo. Aquel espacio es igualado de ladrillos bien asentados [...] la grandeza del edificio guarda la forma del perfetto quadrángulo. Et en medio deste segundo espacio hay una gasajosa sombra de árboles, e en él florecen las escuelas de las artes, e qualquier disciplina muy loable es dicirnida de la menos loable, ca todas se pueden en aquella morada fallar ligeramente”.

También el muy italianizado Alonso de Palencia participa de los mismos conceptos que veíamos detallados por don Rodrigo Sánchez de Arévalo: el espacio bien ordenado es imprescindible para que pueda actuar en él el hombre con un carácter y actitudes políticas no menos bien ordenados. La amenidad y buena disposición del espacio externo es causa y efecto, a la vez, del buen orden personal y político de quienes lo habitan.

Esta exaltación de la vida urbana, en sus dos vertientes, espacial y moral, irradió muy pronto desde Italia hacia toda Europa, favorecida, en la mayoría de los casos, por las nuevas monarquías autoritarias que encontraron en el apoyo de los intereses urbanos y protoburgueses una de las fuentes de su poder. No olvidemos que la corte, sede del monarca y, por lo tanto, espacio político de primer orden durante todo el Antiguo Régimen, va a ir tendiendo a ubicarse permanentemente en las ciudades.

La monarquía de los Reyes Católicos no fue una excepción. Entre los años finales del siglo XV y comienzos del XVI esta admiración por la ciudad ideal se

propaga por los reinos peninsulares y produce una cantidad notable de monografías, que no es el caso describir aquí<sup>6</sup>. Monografías que, muy pronto, y al calor de los progresos renacentistas en el uso de la perspectiva en el dibujo y la pintura, van a encontrar su complemento en la representación gráfica y realista de estas mismas ciudades en trabajos casi siempre auspiciados por los poderes públicos<sup>7</sup>. No es superfluo recordar aquí las frases escritas en su día por F. Braudel acerca de la importancia de la ciudad en la historia de Europa:

“Al aparecer, portadora de la escritura, abre las puertas de lo que llamamos historia. Al renacer en Europa en el siglo XI, comienza la ascensión del reducido continente. Cuando florece en Italia, surge el Renacimiento”<sup>8</sup>.

No es casualidad, pues, que el surgimiento de instituciones de enseñanza superior, las universidades, esté íntimamente ligado con el resurgir urbano y Salamanca es un buen ejemplo de ello. No vamos a repetirlo aquí, por sabido, pero es fácil comprobar que su Universidad era lo que la caracterizaba a ojos de quienes se acercaban a ella, fuesen éstos viajeros extranjeros o visitantes de los contornos.

Curiosamente, sin embargo, no mereció las consabidas *laudes* al uso hasta bien entrados los tiempos modernos.

Efectivamente, la obra que trazó una mejor y más extensa imagen de Salamanca como *ciudad ideal* fue la que publicó en 1606 don Gil González Dávila con el título de *Historia de las Antigüedades de la Ciudad de Salamanca*<sup>9</sup>.

Con este trabajo, dedicado a Felipe III, y que estaba ya concluido algunos años antes de su publicación, el racionero abulense de la catedral salmantina quería obtener el nombramiento de cronista real, cosa que no consiguió —lo lograría unos años más tarde— pero sí llegó a plasmar un ideal imaginario de la ciudad a través de las vidas de sus obispos, que le sirvieron como puntos de referencia cronológica, que no iba a ser superado durante toda la Edad Moderna.

Como lo que quería poner de manifiesto don Gil era la excelencia de la ciudad y presentársela al rey, adoptó el procedimiento estilístico de personalizarla y reencarnarla como si de un personaje noble se tratara.

Al igual que todo caballero de buen linaje, debía exhibir la ciudad antigüedad incuestionable, poderío reconocible y servicio leal a Dios y al rey, su representación terrenal. Solamente así se hacía digna de recibir las recompensas espirituales y materiales que le correspondían y que, para don Gil, quedaban patentes en el esplendor artístico, religioso e intelectual de la Salamanca de su época, albergue de la principal Universidad de la Monarquía.

De manera significativa, aunque no sorprendente tras lo que acabamos de apuntar, una ciudad de tanta calidad como era Salamanca tenía que gozar de un asentamiento geográfico idóneo, estableciendo así una serie de correspondencias entre las cualidades físicas del emplazamiento y las humanas de sus habitantes.

El libro primero de la obra del abulense está dedicado, precisamente, a recalcar estas cualidades físicas del emplazamiento salmantino.

La verdad es que la ciudad, que en el s. XVII albergaba la más eximia nobleza del reino y que era “el asiento de las mejores letras que en el mundo se enseñan”, tenía que haber tenido, en la más remota antigüedad, unos fundadores ilustres que, de alguna manera, hubiesen podido transmitir sus cualidades de generación en generación, y don Gil encuentra apoyo para ello en la etimología del mismo nombre de Salamanca.

Entre las varias etimologías que conoce, al autor le es cara particularmente aquella que hacía derivar el moderno nombre de la ciudad de una combinación entre los nombres griegos de Atica y Salamina, que eran los lugares de procedencia de los hombres que traía consigo el griego Teucro, supuesto fundador de la ciudad, después de la guerra de Troya:

“La gente que traía consigo (dizen algunos) que eran salaminos y áticos, y que destas dos naciones tomó el apellido y se llamasse Salamática”.

Fijémonos que, de esta manera, el origen de Salamanca no sería inferior al de la misma Roma. Su Eneas sería Teucro, un vencedor en la guerra de Troya y no un vencido, como Eneas, y sus primeros habitantes traían ya en germen las virtudes de las armas (los salaminos) y las letras (los áticos, es decir, los atenienses), que seguían siendo visibles en la ciudad en el momento en que el autor escribía.

Naturalmente, González Dávila podía mantener un punto de escepticismo respecto a lo que escribía (“dizen algunos”), pero no cabe duda de que le complacía la posibilidad y, además, decía poder apoyarse en historiadores antiguos, como en este caso lo hizo en el romano Justino.

Tan ilustres fundadores tuvieron que elegir, forzosamente, un emplazamiento idóneo, de manera que la planta de la ciudad tenía la forma geométrica perfecta, que era la circular, lo cual había posibilitado su posterior expansión:

“Está plantada la Salamanca que oy vivimos (que su planta tiene figura circular) en tres montes y dos valles [...] tiene de circuito seis mil trecientos sesenta y seis pasos, diez y siete plaças, ciento sesenta y dos calles, cinco mil casas,

veinte y ocho parroquias, veinte monasterios de frayles, catorze monasterios de monjas, dos colegios de donzellas, catorze hermitas, seis hospitales, dos capillas y veinte y tres colegios. Tiene muchos edificios fabricados con magestad y grandeza, y muchos oficiales de todos officios y artes...”.

Los entornos urbanos eran auténticos *loci amoeni*:

“Hazia la parte del Oriente tiene espaciosos campos, y tierras de pan llevar. Por la del Occidente los tiene muchos y muy fértiles, donde se hallan muchas yerbas medicinales. Por la del Septentrión tiene muy buenas salidas. Y por la del Mediodía lleva sus corrientes el río Tormes, y se descubre un espacioso campo y llanura, tocando con la vista en las tierras de Béjar y Peña de Francia. Hazia esta parte tiene muchos jardines, prados y huertas para deleyte y entretenimiento de los ciudadanos, causando a los ojos todo junto una hermosa vista de río, fardines, huertas, campo y sierras”<sup>10</sup>.

Es significativo este párrafo dedicado por González Dávila a los amables entornos salmantinos, porque ellos serán, efectivamente, el escenario del *otium* creativo en otros autores que consideraremos más tarde, complemento indispensable y necesario del *negotium* o vida activa propia del auténtico ser humano según los ideales renacentistas<sup>11</sup>.

Obviamente, la calidad de las aguas del Tormes y de los aires salmantinos, factores primordiales en una época en que las enfermedades y epidemias diezaban las poblaciones periódicamente, eran excelentes, razón nada desdeñable, a juicio de don Gil, para explicar una trayectoria histórica que él quería ver tranquila y próspera:

“Por gozar de tan saludables vientos, de tierra tan fértil y de mantenimientos tan buenos, es causa que los moradores desta ciudad gozen de una entera salud. Es buen testigo el aver avido en Salamanca tan pocas vezes pestilencia o enfermedad notable, pues de pocas se tiene noticia. Son sus moradores benignos, afables, dados a las cosas de buen gobierno y inclinados a las de plazer no con demasiado exceso, sino con modestia y templança. Es gente aficionada a saber y a tener conocimiento de ciencias”.

En el libro I de su obra deja, pues, González Dávila fijado su modelo de ciudad ideal aplicado a Salamanca que, como hemos podidos ver, no dista demasiado de los modelos que circulaban desde la época del Renacimiento. A partir de ahí, las *laudes* salmantinas se van a ir desgranando en el tiempo hasta alcanzar la época en que escribe el autor. Pero las excelencias salmantinas en ninguno de sus episodios están desligadas del marco ideal esbozado hasta aquí. Un ejemplo significativo de ello es la fundación de la Universidad, hecho capital en la obra del abulense:

“Escogió para el asiento dellas [escuelas] la ciudad de Salamanca, por ser lugar sano, de buenas aguas y bien proveído, de muchos y buenos mantenimientos (que son las calidades que el Sabio Rey don Alonso dize en sus Partidas que ha de tener el lugar donde los estudios generales se plantaren) y por otras comodidades que para el propósito halló en ella”<sup>12</sup>.

Por estas razones, la Salamanca moderna había podido llegar a superar a la propia Atenas clásica:

“Porque si celebra la antigüedad la universidad de los estudios de Atenas, por no más de aver sido escuela de los primeros príncipes de la philosophia de Grecia, que con sus opiniones escurecieron los passos de la virtud y verdad, más altos motivos les diera la nuestra, pues en ella hallarán materia para sus más bien templadas plumas; pues no es escuela de philósophos vanos, sino de maestros christianos, que abrieron alumbrados de otro mejor espíritu a la verdad la puerta, plantándola en las regiones más apartadas del mundo”<sup>13</sup>.

#### EN LOS ALREDEDORES SALMANTINOS, ALGUNOS AÑOS ANTES

Unos ochenta años antes de que don Gil González Dávila publicara su famosa obra, se había hablado frecuentemente, bien que de manera menos explícita, de Salamanca como lugar ideal en algunos otros libros. Nos fijaremos en dos de ellos, el *Diálogo de la dignidad del hombre*, de Fernán Pérez de Oliva, y *El Scholástico*, de Cristóbal de Villalón<sup>14</sup>, cuyas alusiones se centran no en el entorno urbano propiamente dicho sino en los agradables alrededores de la ciudad.

En ambos casos nos encontramos ante obras dialogadas. El primero de estos diálogos, escrito antes de 1531 y publicado por vez primera en 1546 en Alcalá de Henares en la imprenta de Juan de Brocar era obra del cordobés Fernán Pérez de Oliva, rector de la Universidad salmantina en 1529, derrotado en su oposición a la cátedra de Filosofía Moral al año siguiente y colegial fundador del colegio del Arzobispo. El segundo, cuyo autor fue Cristóbal de Villalón, de escurridiza biografía, quizá natural de la villa de la que tomó el apellido, tuvo peor fortuna editorial pero, en cualquier caso, parece ser que estaba trabajando en él hacia 1539, aunque no vio la luz, y aun de forma fragmentaria, hasta principios del s. XX<sup>15</sup>.

Son dos obras que cabe poner en relación gracias a una serie de hechos significativos: ambas están ambientadas en un *locus amoenus* cercano a la ciudad de Salamanca, la segunda, en concreto, en un paraje de Alba de Tormes; ambas reflejan

el ambiente universitario salmantino del primer tercio del s. XVI y, hecho digno de destacarse, uno de los personajes de *El Scholástico* resulta ser Fernán Pérez de Oliva, el autor del primero de los diálogos señalados.

Ciertamente, la presencia física de la ciudad de Salamanca no aparece en ninguna de estas obras, si exceptuamos las tópicas referencias a la Universidad contenidas en el capítulo segundo del primer libro de *El Scholástico* y que podría haber suscrito muy bien González Dávila setenta años después:

“¿Quién bastaría a dezir su fundamento, sus rentas y valer?, ¿quién podría escrebir su orden y regimiento, sus leyes, constituciones y çensuras, aquella divina elección de los supremos en dignidad, aquella obediencia muy humilde de magníficos y ilustres súbditos, aquel concierto de cáthredas y leturas, aquel continuo exerçicio de letras, aquel innumerable número de valerosos letrados que ella ha parido, sembrados por el mundo para regimiento y gobierno de todas las naciones?”.

Los amenos alrededores salmantinos se constituían, ciertamente, en el escenario idóneo para el ocio creativo en períodos de relajación del espíritu, pero siempre teniendo como punto de referencia la auténtica sede del trabajo intelectual que estaba en la ciudad y su Universidad. Era el tráfago ciudadano el que mantenía la comunicación entre los hombres, satisfacía sus necesidades y, por consiguiente, también alimentaba a sus universitarios.

Antonio, uno de los personajes dialogantes en el libro de Pérez de Oliva y en el que, probablemente, el autor quiso reflejar sus propias opiniones, es bien claro al respecto, contestando a su amigo Aurelio, presa del escepticismo y pesimismo ante lo duro que resultaba sobrevivir:

“Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, después de hecho el edificio, mandavan poner su imagen esculpida en medio de la cibdad, para que por ella se conociese el fundador [...] los artífices que biven en las cibdades no tienen la pena que tú representavas, mas antes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido”.

Y antes había señalado:

“Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan a los hombres a bivar en comunidad, de donde cuánto bien nos venga, y cuánto deleite, tú lo vees, pues que de aquí nascen las amistades de los hombres y suaves conversaciones; de aquí viene que unos a otros se enseñen y los cuidados de cada uno aprovechen para todos”.

En otras palabras: la ciudad y sus alrededores campestres constituyen un todo indisoluble para el estudioso. En una están los libros, las imprentas, las aulas, los profesores, la adquisición de conocimientos y la competencia; en los otros la relajación del ánimo que, de forma totalmente idealizada, intuía el apresurado estudioso que le permitirían madurar y discutir más relajadamente y con el ánimo más reposado ante el goce del placer y la quietud:

“Los que labran los campos [...] tú dezías que son esclavos de los que moramos en las cibdades, y a mí no me parecen sino nuestros padres, pues nos mantienen [...] Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen: que el frío y el calor que a nosotros nos espantan [...] a ellos ofenden poco, pues [...] en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas [...] Desde allí oyen los ruisiñores y las otras aves, o tañen sus flautas, o dizen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer más”.

También fray Luis de León buscaba en La Flecha la quietud que le era negada en la Universidad. La descripción de La Flecha que aparece en *De los nombres de Cristo*, escrito a principios de la década de 1570, sigue al pie de la letra esta idealización del entorno urbano como un *locus amoenus* complementario de la ciudad, tal como ya habían consagrado más de cien años atrás los escritores y artistas del primer Renacimiento:

“Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo [...] *después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive*, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como V. M. sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes [...] Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista [...] Entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos [...] El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca”<sup>16</sup>.

La ciudad, con sus aglomeraciones, sus tumultos, sus mezcolanzas, sus envidias y su vida apresurada podía haber sido una invención de Caín, como leemos en la *Silva de Varia Lección* de Pedro Mexía, escrita también a mitades del s. XVI<sup>17</sup> pero, sin lugar a dudas, era un espacio imprescindible para el desarrollo de la *humanitas* perseguida por el auténtico estudioso, y los *loci amoeni* únicamente cobraban su sentido como complemento a la misma.

Salamanca, con todo, no era solamente una *ciudad ideal* plasmada en una serie de textos, estudiosa, tranquila e inmutable. Al fin y al cabo, Salamanca era, y es todavía, fundamentalmente la multitud de estudiantes que a ella acudían.

Parecía que no todos ellos experimentaban en su ánimo, ciertamente, las bondades que el marco ideal de la ciudad hubiera tenido que inculcarles. Al contrario, la picaresca y el malvivir, los pupilajes y el hambre eran tan “universitarios” como las doctas disquisiciones de maestros y escritores.

Es verdad que la Universidad salmantina, por otra parte, reunió durante el s. XVI a una pléyade de maestros, juristas y teólogos sobre todo, que la pusieron a la cabeza de todas las universidades de la Monarquía. Realmente, como podía constatar González Dávila a principios del s. XVII, los servicios prestados por la Universidad a sus reyes –tal como reza una parte de la leyenda que rodea el medallón de los Reyes Católicos de la fachada del antiguo edificio– habían sido grandes y no menores los de éstos a la Universidad, en forma de privilegios y de oficios para quienes salían de sus aulas.

No es menos cierto, sin embargo, que sobre el trabajo y el prestigio de algunos dormitaba la vagancia de otros muchos. Maestros adocenados y estudiantes que vivían como si la simple vista de las escuelas les tuviera que proporcionar una ciencia infusa que ellos buscaban vagando por calles, plazas, tugurios, teatros y prostíbulos.

Contemporáneo y amigo de González Dávila, por ejemplo, fue el estudiante italiano Girolamo da Sommaia en cuyo diario<sup>18</sup> podemos comprobar lo dicho anteriormente. Y eso que, con todo, Girolamo da Sommaia tenía la capacidad intelectual y económica suficiente para combinar las distracciones y los muchos momentos que él llama de *dolcitudine* con unas ciertas inquietudes intelectuales, lo cual le llevaba a comprar algunos libros, mandar copiar otros e intercambiarse bibliografía con muchos de sus colegas.

A mitades del s. XVI, pues, ya circulaba otra imagen de Salamanca, pedantesca y picaresca, fatua en definitiva, que también fue recogida en algunos libros.

## BAJANDO A RAS DEL SUELO

El autor del *Viaje de Turquía*, que definitivamente parece no ser aquel Cristóbal de Villalón al que conocemos como autor del diálogo *El Scholástico* al que nos hemos referido, a mitades del s. XVI recogía de pasada aquella fama de fatuidad y pedantería que la opinión pública había ido forjando sobre muchos de los maestros y estudiantes salmantinos que dormitaban sobre los laureles de otros que trabajaban con empeño para mantener el prestigio de la Universidad.

En el capítulo VIII de la primera parte, Pedro de Urdemalas, en tierras turcas, se enfrenta con humor a un médico judío del bajá, absolutamente ignorante. Al ironizar sobre sus conocimientos médicos, le pregunta:

“Señor, el grado de liçençiado que tenéis ¿hubístesle por letras o por herençia? Dixo tan simplemente: No señor, sino mi agüelo estudió en Salamanca y hízose liçençiado, y como nos echaron d’España, vínose acá, y mi padre fue médico que estudió en sus libros y llamóse ansí liçençiado, y también me lo llamo yo. Digo: ¿Pues a esa quenta también vuestros hijos después de vos se lo llamarán? Dize: Ya, señor, los llaman liçençiaditos”<sup>19</sup>.

Ciertamente, en la época en que se escribió el *Viaje de Turquía*, hacia 1557 ó 1558, la Universidad de Salamanca era ya la universidad por antonomasia, pero no pudo su autor dejar de transmitir lo de ridículo que, en ocasiones, podía esconderse debajo del indudable prestigio del que gozaba<sup>20</sup>, cuando alguien intentaba esconder su ignorancia tras la vestimenta aparentemente intocable de miembro de aquella institución.

Por la misma época, Santa Teresa, que en su *Libro de las Fundaciones* no recoge datos de la fisonomía urbana de Salamanca al narrar la fundación del convento de San José, no deja de consignar, con todo, que los estudiantes desalojados de mala gana de la casa que iba a ocupar ella, no eran un prodigio de urbanidad:

“Fue la primera [casa] que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesión si no se ponía; y había yo sabido que no importaba, que fue harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes... La casa era muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársela del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que, como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella; ellos lo pudieron muy bien hacer, según había adónde”<sup>21</sup>.

En 1574 vio la luz en Toledo una obra de gran éxito y que circuló ampliamente entre todo tipo de público. Se trata de la *Floresta española*.

Su autor, Melchor de Santa Cruz, no era un intelectual, sino un acomodado comerciante toledano, del rancio abolengo judeo–converso de los Dueñas.

Se trata de una obra de apotegmas ingeniosos y chistosos, el significado de algunos de los cuales hoy en día no surte el primigenio efecto cómico, por haberse perdido inevitablemente los elementos de contextualización, pero que, en muchos otros casos, conserva la misma frescura y chispa de cuando fue escrito.

Es obvio que una obra como la *Floresta española* deformaba y caricaturizaba la realidad, porque éste era su propósito. Sin embargo, no puede negarse que recogía un cierto estado de opinión, tópico si se quiere, generalizador siempre, en el que maestros ignorantes y autocomplacidos, estudiantes pícaros y pedantes y padres esquilados por las trapacerías estudiantiles de sus vástagos pueblan una Salamanca bulliciosa de pupilajes de hambre, prostitutas ocasionales, alcahuetas y chismes.

En el libro de Melchor de Santa Cruz, la imagen que de la Universidad de Salamanca se nos presenta es como una contrafigura de la idealizada oficialmente con tópicos cada vez más inoperantes.

Veamos algunos ejemplos. En este mismo año de su publicación, 1574, cuando, por ejemplo, uno de los más grandes maestros de la Universidad salmantina, fray Luis de León, está en las cárceles inquisitoriales, la figura del catedrático que aparece en la *Floresta* es la siguiente:

“El doctor N. fue un gran letrado en leyes. Y fuera de su oficio, en todo lo demás era un monstruo. Enviándole a llamar de la Corte, para determinar un caso de grande importancia, como no había salido en su vida de Salamanca, de que hubo caminado un día y vio que no llegaba donde había de ir, se volvió, diciendo: No pensé que tan largo era el mundo”<sup>22</sup>.

Es decir, un catedrático autocomplacido, ignorante y pueblerino, sin la más mínima inquietud intelectual y falsamente refugiado en unos supuestos hábitos de trabajo exhaustivo que, en realidad, son una excusa para justificar su molición y su falta de interés hacia el saber y el mundo que le rodea.

O esta otra:

“A un catedrático, en Salamanca, ofreciósele de llevar una señora a ancas de una mula. Y antes que él subiese, decíale: Suba vuestra merced. Ella escusábase. Y tornaba él a profiar: Vuestra merced ha de subir primero”<sup>23</sup>.

Del mismo modo, la colación de los grados, quedaba, igualmente, ridiculizada en la vacuidad del boato que rodeaba al acto, que se había convertido de accesorio en medular. La figura emblemática utilizada esta vez era la de un estudiante que, parece ser, habría dedicado menos tiempo al estudio que a la vida regalada:

“Dando en Salamanca el grado de doctor a un legista, como acostumbraban poner las armas de las escuelas y las del maestrescuela y las del doctor do se hace el vejamen, un estudiante quitó las armas del doctor, antes que fuese de día, y puso en un escudo pintadas siete o ocho maneras de vasijas, de hechuras y

tamaños diversos, en que había jarros, calabazas, cangilones, galletas, botas, frascos, tazas, copas, etc., que no le eran impropias, con una letra que decía: Dellos me dejó mi padre/ y más me ganara yo”.<sup>24</sup>

Estudiante era también el protagonista de este chiste que avanzaba el posterior humor quevedesco:

“A un estudiante, que era pupilo de un Colegio, echáronle en una escudilla grande mucho caldo, y sólo un garbanzo. Desabrochóse y rogó a su compañero que le ayudase a desnudar. Preguntando para qué, respondió: Quiérome echar a nadar para sacar aquel garbanzo”<sup>25</sup>.

Es lógico que, con la eclosión de la novela picaresca a partir de los últimos años del s. XVI, la figura del estudiante apicarado poblase cada vez con mayor frecuencia aquellas páginas y no menos lógico resulta el hecho de que Salamanca y su mundo estudiantil sean un escenario habitual en este tipo de obras.

De entre las muchas referencias a Salamanca que podrían escogerse, creo que merece la pena detenerse en las que proporciona Vicente Espinel en la *Vida de Marcos Obregón*, publicada en 1618, es decir, muy poco tiempo después de que don Gil González Dávila hubiese publicado su *Historia de las Antigüedades de la Ciudad de Salamanca*.

Es quizá Marcos Obregón el menos pícaro de todos los pícaros, por ser, en buena parte, un *alter ego* de su autor, que se implica frecuentemente en el texto de la novela.

Marcos Obregón, o Vicente Espinel, es un hombre maduro que evoca con nostalgia su vida pasada. Sus años universitarios, desde la lejanía, se le aparecen con una inevitable y nostálgica aura de “paraíso perdido”, a pesar de las aventuras no siempre agradables que hubo de protagonizar en aquellos tiempos estudiantiles.

La Salamanca de Espinel es, casi exclusivamente, la Universidad y las trapacerías, fortunas y adversidades de sus miembros.

A Marcos Obregón, que conoce únicamente la fama de Salamanca, se le ensancha el ánimo al contemplar la fábrica de la Universidad y la de sus facultades, “que han puesto silencio a cuantas hay en el mundo”<sup>26</sup>.

En esta ciudad-universidad sobresale, por encima de otros edificios, la fábrica de los cuatro colegios mayores, “aquellas cuatro columnas sobre quien estriba el gobierno universal de toda Europa, las basas que defienden la verdad católica”.

Tiene Espinel buen recuerdo de algunos profesores salmantinos, a los que elogia. Tratándose de él, es lógico que se acordase muy principalmente del maestro Salinas. El músico ciego es elogiado en breves párrafos pero de forma conmovedora, y con un punto de nostalgia y de reproche hacia quienes no habían sabido valorarlo convenientemente y habían olvidado pronta e injustamente a un gran teórico de la música:

“Salinas, el ciego, el más docto varón en música especulativa que ha conocido la antigüedad, no solamente en el género diatónico y cromático, sino también en el armónico, de quien tan poca noticia se tiene hoy”.

Con todo, el nivel de los estudios musicales de la Universidad parece ser que seguía siendo alto, pues a Salinas le habían sucedido sus discípulos con gran dignidad. Bernardo Clavijo seguía manteniendo aquel elevado nivel “especulativo” de su maestro, al que unía una notable solvencia como intérprete, “doctísimo en entender y obrar”, lo que le había llevado a ser nombrado organista de Felipe III.

Fuera del ámbito universitario, la ciudad casi desaparece de las páginas de Vicente Espinel. Solamente algunos recuerdos de los pupilajes, algunas ironías sobre los médicos, centradas en el doctor Medina, catedrático de prima, “doctísimo en aquella Universidad” y, por sus obras reales, maestro de petulancia y necedad, y algunas pinceladas personales del protagonista realizadas de forma bastante realista (su morada en el barrio de San Vicente, su afición a los dulces que compraba en una pastelería situada en el “desafiadero” o las “lecciones de cantar” que tenía que dar para malvivir, junto a los inevitables tropiezos con la justicia y su estancia final en el colegio de San Pelayo, del que salió al poco de haber ingresado) nos remiten al marco realmente picaresco en el que se movía un gran número de estudiantes.

Naturalmente, con la decadencia universitaria decaen las *laudes* salmantinas, porque éstas se habían construido, como hemos visto, fundamentalmente sobre su estudio. La acritud de los viajeros extranjeros y los sarcasmos e hipérbolos de don Diego de Torres Villarroel caen fuera del ámbito cronológico que nos hemos propuesto y son de sobra conocidos.

En realidad, entre la imagen de la más excelente Universidad de la Monarquía de las *Antigüedades* González Dávila y la caricaturesca de la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz se iba imponiendo la segunda. Y ello no por ningún capricho literario o de cualquier otro género, ciertamente, sino porque, una vez más, la realidad superaba la ficción.

La Universidad y la ciudad se recuperaron en época posterior, ciertamente, pero no está de más repasar, de vez en cuando, las lecciones que estas pocas evocaciones, cogidas un poco al azar, nos ofrecen.

## NOTAS

1 Sobre el llamado “humanismo civil”, son de singular importancia los ensayos que le fueron dedicados por E. Garin, entre los que destacamos “los cancilleres humanistas de la república florentina de Coluccio Salutati a Bartolomeo Scala”. En *La cultura del Renacimiento*. Barcelona: Crítica, 1981, pp. 73-106; “Temi e problemi della fiffessione politica: città reale e città ideale” en *La cultura del Rinascimento*. Bari: Laterza, 1976, pp. 93-105; “La città ideale”. En *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano*. Bari: Laterza, 1972.

2 Utilizamos la edición contenida en el t. CXI de la Biblioteca de Autores Españoles titulado *Prosistas castellanos del siglo XV*, vol. I. Madrid: Atlas, 1959, con un importante estudio preliminar de Mario Penna.

3 Libro I.

4 Utilizamos la edición que figura en el tomo CXVI de la Biblioteca de Autores Españoles cit.

5 Cap. 11. Subrayado nuestro.

6 Para una panorámica general, véase la obra de S. Quesada. *La Idea de Ciudad en la Cultura Hispana de la Edad Moderna*. Barcelona, 1992. De utilidad es, asimismo, el trabajo de A. Marcos Martín. “Percepciones materiales e imaginario urbano en la España Moderna”. En J. I. Fortea Pérez (ed.). *Imágenes de la Diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (s. XVI–XVIII)*. Santander: Universidad/Asamblea Regional de Cantabria, 1997, pp. 15–50.

7 Una breve y clarificadora explicación de este fenómeno puede encontrarse en J. Hale. *La civilización del Renacimiento en Europa 1450–1620*. Barcelona: Crítica, 1996, pp. 26 y ss.

8 F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV–XVIII*, 3 vols. Madrid: Alianza Ed.1984, I, p. 418.

9 Utilizamos la edición facsímil con introducción y notas nuestras publicada en Salamanca, Diputación/Universidad, 1994.

10 Conviene recordar aquí que el hecho de situar en un locus amoenus a cualquiera de las ciudades a las que va a ensalzar un autor es un hecho común en el Renacimiento. Baste tener en cuenta, por ejemplo, que una de las obras más leídas durante el s. XVI, *El Cortesano*, de B. Castiglione, se abre con una descripción de Urbino en la que la ciudad aparece rodeada de una tierra *fertilísima y llena de muchos frutos. De manera que, además de tener el aire muy sano, se halla abundantísima de toda cosa que sea menester para el vivir humano*. Utilizamos la ed. de M. Pozzi, Madrid, Cátedra, 1994, p. 103.

11 El *otium* disfrutado en un locus amoenus, fuera del apresuramiento ciudadano es particularmente visible, por ejemplo, en toda la vena horaciana de la poesía de fray Luis de León, y aun en su prosa; baste recordar el entorno en el que transcurre *De los nombres de Cristo*, al que nos referiremos más abajo.

12 Lib. II, pp. 176–77.

13 Lib. II, pp. 179.

14 Para la primera de estas obras utilizamos la ed. de M<sup>a</sup> Luisa Cerrón Puga. Madrid: Cátedra, 1995; para la segunda la de José Miguel Martínez Torrejón. Barcelona: Crítica, 1997.

15 Sobre estas cuestiones véase el “Prólogo” de la ed. citada.

16 Utilizamos la edición de la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, MCMLVII, 2 vols., I, p. 410. Subrayado nuestro.

17 P. Mexía, *Silva de Varia Lección* (ed. A. Castro). Madrid: Cátedra, 1989, 2 vols. I, p. 184.

18 *Diario de un estudiante de Salamanca*, ed. e introducción de G. Haley. Salamanca: Universidad, 1977.

19 *Viaje de Turquía*, (ed. F. García Salinero). Madrid: Cátedra, 1995, p. 224.

20 En otro pasaje, por ejemplo, capítulo XVIII de la segunda parte, Pedro de Urdemalas ante la necesidad de Mátalascallando, en lugar de llamarle tonto directamente ironiza con la pregunta: *¿Habéis nunca estado en Salamanca?*

21 *Libro de las Fundaciones*, cap. XIX, Obras Completas. Madrid: Aguilar, 1979. Subrayado nuestro.

22 Melchor de Santa Cruz, *Floresta española* (ed. de Maximiliano Cabañas), Madrid, Cátedra, 1996, p. 286.

23 *Ibíd.* p., 384.

24 *Ibíd.* p., 254.

25 *Ibíd.* p., 314.

26 Utilizamos la edición de A. Valbuena Prat. *La novela picaresca española*. Madrid: Aguilar, 1968.